

Engaño

Malika Moustadraf

Cuento perteneciente al libro "Festín de Sangre" de Malika Moustadraf

Malika Moustadraf (1969-2006) fue una destacada escritora marroquí árabe y una de las precursoras del género del cuento en Marruecos

Shaibia se llevó su delgada mano morena hacia el labio superior, preparándose para soltar un aullido de celebración. Su hermana Hadda la detuvo.

—¡No aprendes más! ¿Quieres que se entere todo el pueblo?

—¡Pero es un día tan feliz!

—Tengo miedo de que te tengan envidia y sufras el mal de ojo. Cuando los vecinos se enteren del casamiento de tu hija, tendrás todo tipo de trabas.

—Tienes razón. No le diré nada a nadie hasta el último minuto, especialmente a Aïcha la Sacrificada, ya sabes que está con mucho odio y tiene su ceja unida —señaló Shaibia.

—Lo sé... De todas formas, no te puedes imaginar lo feliz que me siento de que Fátima finalmente se case.

—¿Quién es el novio?

—Alguien que trabaja en Italia, por lo que vivirá en una casa real, hecha de cemento, con la luz del sol brillando en su interior.

Shaibia suspiró, y luego continuó:

—Por fin se liberará de esta choza y de todos sus problemas. Ya no tendrá que hacer fila para buscar agua, no más eso de hacer sus necesidades a la intemperie.

Hadda dio un pequeño sorbo de su té y dijo:

—¿Es verdad que vivirá con sus suegros y que su marido estará lejos de ella todo el año? ¿No vendrá a visitarla más seguido?

Shaibia la interrumpió.

—Eso no importa. ¿Qué gana estando al lado de un hombre asfixiándola todo el año?

—Bueno, de todos modos, tu hija es una buena chica, es respetuosa y obediente y se merece lo mejor. Ella siempre va directamente a la fábrica, y después del trabajo vuelve a casa. Seguro te enorgullece.

Shaibia se quedó callada. Se rascó la cabeza a través de su pañuelo de colores durante un rato, como si reflexionara sobre una cuestión crítica. Luego, de repente, dijo:

—Para el *jhaaz* tienen que comprar dos de cada cosa. Tiene que ser tan increíble que podamos impresionar a Dawia, la mujer del fabricante de rosquillas, también a Kalthoum. Incluso a Kharboush, la mujer del vendedor de hachís.

—Definitivamente, ya que el precio de novia que él pagará será muy bajo. Así que además del anillo de boda deberá comprarle una pulsera o un collar, y...

Shaibia la hizo callar con un gesto de la mano y se acercó para hablarle en voz baja.

—Escucha, voy a llevar a mi hija al médico.

Hadda se llevó la mano al pecho, sorprendida.

—¿Por qué? ¿Está enferma?

—No... Necesito un certificado que demuestre su virginidad.

Hadda jadeó.

—¿Dudas de tu propia hija?

—No, en absoluto. Mi hija, que Alá esté contento con ella, no es como otras chicas, no se deja llevar por el mal camino. Es muy reservada, Dios la bendiga. Pero, ¿recuerdas lo que le pasó a la hija de Aïcha la Sacrificada?

—¿El verano pasado? Claro que lo recuerdo, ¿quién podría olvidarlo? Fue el mayor escándalo de todos. Cuando el novio tuvo su primera relación con ella, salió media hora más tarde maldiciendo, jurando que la mercadería estaba dañada, que la chica no era virgen. La madre de la novia alegó que era problema del novio, que era incapaz de llevar a cabo su misión porque se había pasado con la hierba y el alcohol, y luego dijo que era víctima de una maldición *thiqaaf*. Así fue como la boda se convirtió en un funeral, muchos gritos y peleas a puñetazos y con palos. Los novios acabaron en la comisaría. Luego esa pobre chica se divorció y desde entonces no ha conocido la paz ni un solo día.

—Por eso quiero conseguir un certificado de virginidad y dárselo a la familia del novio, así evitaremos problemas.

—Tienes mucha razón. Deja que la lleve. Puedo ir mañana, no te preocupes.

Shaibia comenzó a golpearse las piernas con sus palmas.

—Ay, Dios mío, qué estás diciendo... ¡No puedo creer que mi hija no sea virgen! ¿Cómo es posible? ¿Y cuándo? Ella no sale, excepto a la fábrica, y siempre vuelve a casa a la hora exacta; nunca pasa la noche fuera de casa, ¡nunca! Esto tiene que ser un error. La médica debe haber metido la pata. No confío en las doctoras; no saben lo que hacen. La llevaré mañana... no, la llevaré hoy... que la vea un médico varón.

—Tranquilízate, hermana, la médica no ha metido la pata. Tu hija la ha cagado. Ella misma me lo confesó.

Por un momento Shaibia se quedó helada, paralizada, sin poder creer ni procesar lo que Hadda acababa de decirle. Luego, recomponiéndose, dijo:

—¿Confesó? ¿Qué?

Hadda tomó fuerzas y se preparó para lanzar la segunda granada en la cara de su hermana.

—Ella... no trabaja en la fábrica. Trabaja en uno de los burdeles, de hecho, y...

Shaibia se desplomó instantáneamente sobre la esterilla de caña a sus pies, sumida en un ataque de llantos violentos. Luego, de repente, se secó los ojos, se puso de pie y se levantó.

—No quiero volver a verla, tiene que irse de mi casa ahora mismo.

Intentando consolarla, Hadda le agarró de la mano.

—Bueno, como dice el refrán: “Si la carne huele mal, sus dueños son los responsables”. Y todo problema tiene solución.

—Excepto éste. No hay solución para este problema. Se perderá todo, no habrá boda. Nada de casa de cemento y nada de *jhaaz*. ¿Y qué se supone que debo decirle al novio? ¿“Lo sentimos, hemos cambiado de opinión”?

—No le dirás nada, porque... todo va a salir bien y sucederá tal y como lo planeamos.

—¿Cómo?!

Hadda guardó silencio un momento, respirando hondo. Se secó la frente. Luego, con una mirada astuta, dijo:

—La llevaré a un médico para que le reemplace el himen.

—¿Reemplazar su virginidad? ¿Es eso posible?

—Claro que es posible.

—Pero ningún médico aceptaría hacer eso.

—Eso es lo que tú crees... Conozco a un médico en el edificio donde trabajo en Maârif, no hay procedimiento prohibido que él no realice, desde abortos hasta la restauración del himen. Y quién sabe qué otras cosas aún más chocantes hace en secreto.

Con ansiedad y esperanza, Shaibia preguntó a su hermana:

—¿Y cuánto cobra?

—No lo sé... lo averiguaré. No tengas miedo.

—Pero... ¿no se dará cuenta el novio? ¿No tendrá dudas?

—No, no, puedes estar tranquila, tu hija estará como nueva.

Shaibia lanzó un tímido suspiro de alivio.

—La boda es realmente magnífica —dijo Aïcha la Sacrificada—. ¡Que la novia sea muy feliz!

—Sí, el novio compró un par de cada cosa, además de un enorme brazalete y un anillo —comentó Hadda.

—Nuestras chicas serán las siguientes, *inshallah* —exclamó Dawia con un suspiro.

Shaibia tenía la cara pálida y se pasaba la mano sobre el corazón. Hadda la pellizcó.

—Sonríe, o la gente sospechará y será un escándalo.

Al cabo de un rato se oyó un largo griterío y la madre del novio salió con una bandeja en la que se observaban unos calzoncillos blancos manchados con sangre. Hadda tomó la bandeja y la llevó en alto, por encima de su cabeza y empezó a cantar:

—¡Sangre sobre mi cabeza, hermanos! ¡Y no es de ningún laboratorio! ¡Sangre humana en la tela, hermanas, y no es la de un pollo...!